

procurado entablar conversación con algunos negociantes. Estas buenas gentes, al verme bien vestido, se han puesto á hablar del Havre, y, de una cosa en otra, hice recaer la conversación acerca del señor Miñón, y se han mostrado en un todo tan acordes con los pescadores, que creo que faltaría á un deber si guardase silencio respecto á este punto. Esta es la razón de que yo no haya estado aquí á la hora de levantarse y vestirse el señor.

—¿Qué hacer?—exclamó Canalis al recordar que estaba ya comprometido de tal modo con Modesta, que le sería difícil volverse atrás.

—El señor conoce bien mi adhesión y mi fidelidad—dijo Germán al ver que el poeta había quedado como herido por un rayo—, y creo, por consiguiente, que no le molestará que me permita darle un consejo. Si usted logra emborrachar á ese pasante, dirá todo lo que sepa, y si no desembucha á la segunda botella de champaña, lo hará á la tercera. Por lo demás, ya tendría que ver que el señor, á quien veremos algún día embajador, como Filoxena le ha oído decir á la señora duquesa, no supiese echar la zancadilla á un pasante del Havre.

En este mismo momento, Butscha, autor desconocido de aquella partida de pesca, aconsejaba al refrenario que no dijese el objeto de su viaje á París y que no contrariase su manera de proceder en la mesa. El pasante había sacado partido de una reacción que se operaba en el Havre desfavorable á Carlos Miñón. He aquí por qué. El señor conde de La Bastie dejaba en completo olvido á sus amigos de antaño que durante su ausencia se habían olvidado de su mujer y de sus hijos. Al saber que se daba una comida en la casa Miñón, todo el mundo pensó ser convidado y esperaba recibir una invitación; pero cuando se supó que Gebenheim, los Latournelle, el duque y los dos parisieneses eran los únicos invitados, se promovió un clamoreo de indignación contra el orgullo del negociante.

el empeño de éste de no ver á nadie y de no bajar al Havre fué entonces notado y atribuído á un desprecio del que se vengó el pueblo poniendo en tela de juicio aquella inesperada fortuna. De charla en charla, llegó á correr bien pronto la voz de que los fondos necesarios para la retroventa de Vilquín habían sido provistos por Dumay. Esta circunstancia permitió suponer calumniosamente á los más encarnizados que Carlos había venido á confiar á Dumay fondos acerca de los cuales se preveían discusiones con sus pretendidos asociados de Cantón. Las medias palabras de Carlos, cuya intención fué siempre ocultar su fortuna, y los dichos de sus criados, que recibieron la misma orden, daban cierto aire de verosimilitud á estas groseras fábulas, en las que todo el mundo creyó, obedeciendo á ese espíritu denigrante que impulsa á los comerciantes á odiarse. Cuanto más alabada fué al principio la inmensa fortuna de uno de los fundadores del Havre por el patriotismo de la parroquia, tanto más disminuida quedó después por la envidia de la provincia. El pasante, á quien los pescadores debían más de un favor, rogó á estos que, guardando secreto acerca del que él les pedía, hablasen mal del antiguo banquero. El jorobado fué complacido, y el patrón de la barca dijo á Germán que un marinero, primo suyo, llegaba de Marsella despedido á causa de la venta del bergantín en el que había venido el coronel. El bergantín se vendió por cuenta de un tal Castagnould, y el cargamento valía, según su primo, tres ó cuatrocientos mil francos.

—Germán—dijo Canalis á su ayuda de cámara,—sirvenos vino de Champaña y de Burdeos. Un miembro de la curia de Normandía debe llevarse buenos recuerdos de la hospitalidad de un poeta. Por otra parte, creo que tiene tanta gracia como *Figaro*—continuó Canalis apoyando la mano en el hombro del jorobado,—y es preciso que esa gracia chisprotee y sea realizada por el vino de Champaña;



nosotros no nos reservaremos tampoco ¿verdad, Ernesto?... Á fe que hace ya dos años que no me he emborrachado—repuso mirando á La Briere.

—¿Con vino?... eso se concibe—respondió el pasante.—¡Usted se emborracha todos los días con su propia gloria! ¡Ah! es usted guapo, poeta, ilustre por nacimiento, tiene usted una conversación que está á la altura de su genio, y agrada usted... á todas las mujeres, hasta á mi patrona. Amado por la sultana más hermosa que he visto en mi vida (aunque es verdad que no he visto más que esa en mi vida), puede usted, si quiere, casarse con la señorita de La Bastie... Mire usted, nada más que haciendo el inventario de su presente, sin contar su porvenir (un hermoso título, la dignidad de par, una embajada...), heme ya beodo como esa gente que se ocupa en embotellar el vino ajeno.

—Todas esas magnificencias sociales—dijo Canalis—no valen nada cuando les falta lo que les da verdadero valor: ¡la fortuna! Aquí estamos entre hombres, y los buenos sentimientos sólo en estrofas resultan encantadores.

—Y en ciertas circunstancias también—dijo el pasante haciendo un gesto significativo.

—Pero usted, señor redactor de contratos—dijo el poeta sonriéndose de la interrupción,—sabe tan bien como yo que lo uno exige lo otro.

En la mesa, Butscha desempeñó el papel de Trigan-dín de *La casa rifada*, de un modo que asustó á Ernesto, el cual ignoraba que los tipos engendrados en un estudio de notario no le van en zaga á los engendrados en un taller de artistas. El pasante narró la escandalosa crónica del Havre, la historia de las fortunas, la de las alcobas y los crímenes cometidos con el código en la mano, crímenes estos que se titulaban en Normandía *salir del paso como se puede*. No perdonó á nadie el enano, y su verbosidad crecía á medida que iba creciendo el torrente de vino que pasaba por

su gznate como pasan las aguas de un torrente por un canalón.

—¿Sabes, La Briere—dijo Canalis sirviendo vino á Butscha,—que este buen muchacho haría un gran secretario de embajada?...

—¡Capaz de suplantar á su principal!—profriró el enano dirigiendo á Canalis una mirada cuya insolencia fué eclipsada por el brillo que comunicaba á sus ojos el ácido carbónico.—Soy lo bastante poco agradecido y lo suficiente intrigante para ponerme encima de los hombros de usted. ¡Un poeta conduciendo á un aborto...! eso se ve algunas veces, y muy frecuentemente... en los libros. Vamos, usted me toma por un charlatán. Mi querido gran genio, usted es un hombre superior y sabe sobradamente que el agradecimiento es una palabra estúpida, que figura en el diccionario, pero que no existe en el corazón humano. El agradecimiento sólo tiene valor en cierto monte que no es el Parnaso ni el Pindo. ¿Cree usted que debo yo algo á mi patrona por haberme criado? No; la villa entera le ha pagado esta cuenta en estimación, en palabras y en admiración, que son las más gratas monedas. Yo no admito el bien que sirve para crear una renta de amor propio. Los hombres hacen entre sí un comercio de favores, y la palabra agradecimiento equivale á una deuda, y eso es todo. Por lo que atañe á la intriga, ¡ah! esa es mi divinidad...—¡Cómo!—dijo al ver un gesto que había hecho Canalis—¿acaso no admira usted la facultad que permite al hombre astuto imponerse al hombre de genio, y que exige una observación constante de los vicios y de la debilidad de nuestros superiores, y el conocimiento de la *hora crítica* en todo? Pregunte usted á la diplomacia si el éxito más hermoso no es el que procura el triunfo de la astucia sobre la fuerza. Señor barón, si yo fuese su secretario, sería usted bien pronto primer ministro, porque yo tendría un grandísimo interés en ello. ¿Quiere usted una prueba de mis talentos en este gé-



nero? Escúcheme: usted ama con locura á la señorita Modesta, y hace usted bien. Esa niña cuenta con mi cariño, y es una verdadera parisiense. Hace brotar de aquí y de allá parisienses en provincias. Nuestra Modesta es mujer capaz de enloquecer á un hombre. Pero tiene usted un competidor terrible, el duque... ¿Qué me da usted si le hago abandonar el Havre antes de tres días?

—Acabemos esta botella—dijo el poeta llenando el vaso de Butscha.

—¿Va usted á emborracharme?—preguntó el pasante bebiendo con avidez el noveno vaso de champaña.—¿Hay por ahí una cama donde pueda dormir una hora? Mi patrón es sobrio, como un camello que es, y la señora Latournelle también, y ambos cometerían la dureza de reñirme, y no les faltaría razón contra mí, que carecería de ella... Tengo que escribir unas actas.

Después, reanudando sus ideas anteriores sin transición, como acostumbran á hacer los beodos, exclamó:

—¡Y qué memoria...! Iguala á mi agradecimiento.

—Butscha—dijo el poeta,—hace un momento decías que no eras agradecido, y veo que te contradices.

—En nada absolutamente—repuso el pasante.—Olvidar es casi siempre acordarse. Vaya, vaya, crea usted que estoy pintiparado para ser un famoso secretario.

—Y ¿cómo te las arreglarías para alejar al duque?—dijo Canalis encantado al ver que la conversación tomaba por sí sola el giro que él deseaba.

—Eso... no le importa á usted—contestó el pasante dejando escapar un formidable hipo.

Butscha hizo girar su cabeza entre sus hombros y paseó sus miradas de Germán á La Briere y de éste á Canalis, á la manera de las gentes que, sintiendo que se ponen borrachos, quieren saber en qué concepto se les tiene, pues en el naufragio de la embriaguez

se puede observar que el amor propio es el único sentimiento que sobrevive.

—Gran poeta, ¡no está usted hecho mal farsante!... ¿Me toma acaso por uno de sus lectores de poesías, usted que envía á su amigo á París para que vaya á tomar informes de la casa Miñón?.. Yo charlo, tú charlas, nosotros charlamos... ¡Bueno! Pero hágame el honor de creer que soy lo bastante calculador para darme siempre cuenta exacta de mi estado. En mi calidad de primer pasante del señor Latournelle, mi corazón es una especie de carpeta con candado. Mi boca no descubre ningún secreto relativo á los clientes. Lo sé todo, y no sé nada. Además, mi pasión es conocida. Amo á Modesta, que es mi discípula y que tiene que hacer una buena boda. Si fuese necesario, empararía al duque. Pero usted se casa...

—Germán, el café y los licores—dijo el poeta.

—¿Licores?—repitió Butscha levantando la mano como una falsa virgen que quiere resistir á una pequeña seducción.—¡Ah! ¡pobres actas mías! y hay, precisamente, un contrato de matrimonio. Mire usted, mi segundo pasante es estúpido como una ventaja matrimonial, y capaz de... de... dar... un navajazo en los parafernales de la futura esposa. Se cree hermoso porque tiene cinco pies y seis pulgadas... ¡Imbécil!...

—Aquí tiene usted la crema de té, un licor de las islas—dijo Canalis;—usted, á quien la señorita Modesta consulta...

—¡Me consulta!...

—Pues bien, ¿cree usted que ella me ama?—preguntó el poeta.

—Sí, más que al duque—respondió el enano saliendo de una especie de atontamiento que fingía á las mil maravillas. Le ama á causa de su desinterés. El otro día me dijo que por usted era capaz de hacer los mayores sacrificios, de pasarse sin gastar nada en su tocado, de no gastar más que mil escudos al año y de emplear su vida en probarle que, al casarse con ella,



había usted hecho un excelente negocio. Vaya, vaya, que ya puede darse por contento, pues esa joven es arrogantemente (un hipo), honrada, instruída y no ignora nada.

—Eso y trescientos mil francos...—dijo Canalis.

—¡Oh! es muy fácil que tenga lo que usted dice—repuso el pasante con entusiasmo.—El papá Miñón, vea usted, es capaz de despojarse de todo para casar á su hija única. Ese coronel está acostumbrado, á causa de la Restauración (un hipo), á estar á medio sueldo, se considerará muy feliz viviendo con Dumay en el Havre, y es seguro que dará sus trescientos mil francos á la pequeña. Pero no olvidemos á Dumay, que legará su fortuna á Modesta. Ya sabe usted que Dumay es un bretón, y este origen es un valor en el contrato, porque no variará nunca, y su fortuna es igual á la de su patrón. Sin embargo, como me escuchan por lo menos tanto como á vos, á pesar de que no hablo tanto ni tan bien, les he dicho: «Emplean ustedes una cantidad demasiado grande en la casa, y si Vilquín la cede, no les quedará más que cien mil francos de capital, lo cual es muy poco, á mi juicio.» En este momento el coronel y Dumay se consultan. Créame usted á mí, Modesta es rica, las gentes del puerto dicen tonterías en la ciudad porque tienen envidia. ¿Quién tiene un dote semejante en el departamento?—dijo Butscha preparando los dedos para contar.—Primero, dos ó trescientos mil francos contantes—dijo tocándose el pulgar de la mano derecha con el índice de la izquierda.—Segundo, la propiedad de la casa de campo Miñón—repuso tocándose el índice de la mano izquierda.—Tercero, la fortuna de Dumay—añadió señalando el dedo del corazón.—Vaya, vaya, la pequeña Modesta es una joven que tendrá unos seiscientos mil francos una vez que los dos militares hayan ido á tomar órdenes del Padre Eterno.

Esta sencilla y brutal conferencia, interrumpida con copitas de licor, desembriagaba tanto á Canalis

como parecía embriagar á Butscha. Era indudable que, para el pasante, joven provinciano, aquella fortuna era colosal. El jorobado dejó caer su cabeza sobre la palma de su mano derecha, y, apoyando majestuosamente el codo en la mesa, empezó á hacer guiños y hablar consigo mismo.

—Dentro de veinte años, al paso que va el Código, que destruye las fortunas con el título de las *herencias*, una heredera con seiscientos mil francos será tan rara como un usurero desinteresado. Me dirá usted que Modesta gastará muy bien doce mil francos al año, que es el interés de su dote; pero es muy linda... muy linda... muy linda... Mire, para usted que es poeta hay que emplear imágenes. Es blanca como un armiño y maliciosa como un mono.

—Pues ¿cómo me decías tú que tenía seis millo- nes?—exclamó en voz baja Canalis mirando á La Briere.

—Amigo mío—dijo Ernesto,—advértote que tuve que callarme porque tenía prestado un juramento.

—¡Un juramento! ¿á quién?

—Al señor Miñón.

—¡Cómo! Ernesto, tú que sabes lo mucho que necesito la fortuna...

Butscha roncaba.

—... Tú que conoces mi posición y todo lo que yo perdería en la calle de Grenelle casándome, ¿me dejarías friamente hundirme?—dijo Canalis palideciendo.—Ya sabes que se trataba de un negocio entre amigos, y que nuestra amistad, querido mío, implica un pacto anterior al que te ha exigido ese astuto provenzal.

—Amigo mío—dijo Ernesto,—amo demasiado á Modesta para...

—¡Imbécil! te la dejo—gritó el poeta.—Así que rompe tu juramento.

—¿Me juras y me das tu palabra de honor de olvidar lo que voy á decirte, y de portarte conmigo como



si esta confidencia no hubiese tenido lugar, ocurra lo que ocurra?

—Lo juro por la memoria de mi madre.

—Pues bien; en París, el señor Miñón me dijo que estaba muy lejos de poseer la colosal fortuna de que me hablaron los Mongenod. La intención del coronel es dar doscientos mil francos á su hija. Ahora bien, Melchor; ¿es el padre sincero al decir esto? ¿lo habrá hecho por desconfianza? No lo sé y me tiene sin cuidado, porque si Modesta se dignase escogermé, sería mi mujer aunque no tuviese dote.

—¡Una bachillera! ¡de una instrucción espantosa, que lo ha leído todo! ¡que lo sabe todo... en teoría!—exclamó Canalis al ver un gesto que hizo La Briere;— ¡una hija mimada, educada en el lujo desde su más tierna edad, y que se ve privada de él hace cinco años!... ¡Oh! pobre amigo mío, piensa bien en ello.

—Oda y código—dijo Butscha despertándose;—usted trabaja en la oda y yo en el código. Ahora bien, código viene de *coda* ¡cola! Me ha obsequiado usted..., le quiero, no se deje usted enredar por el código. Mire, un buen consejo vale lo que su vino y su crema de té. El padre Miñón también es una crema, la crema de las gentes honradas... Pues bien, monte usted á caballo, acompañe á su hija, puede usted abordarle francamente, háblele del dote, le responderá sin rodeos, y verá usted el fondo del saco, tan cierto como yo estoy borracho y usted es un gran hombre; pero ¿verdad que marcharemos juntos del Havre?... Seré su secretario, puesto que este pequeño, que me cree borracho y se ríe de mí, le deja á usted... ¡Vamos, márchese! déjele casarse con la joven.

Canalis se levantó para ir á vestirse.

—Ni una palabra... que él mismo se perderá—dijo calmamente Butscha á La Briere que permanecía frío como Gobenheim, y que hizo á Canalis un signo, familiar á los pilluelos de París.—¡Adiós, amo mío!—repuso el pasante gritando hasta desgañitarse—¿me

permite usted que vaya á vomitar al kiosco de *mamá Amaury*?...

—Está usted en su casa—respondió el poeta.

El pasante, que era objeto de las risas de los tres criados de Canalis, ganó el kiosco caminando por las platabandas y por el encañado de flores con la testaruda gracia de los insectos que describen sus interminables zigzags cuando tratan de salir por una ventana cerrada. Una vez hubo entrado en el kiosco, y los criados estuvieron dentro de la casa, se sentó en un banco de madera pintada y se abismó en los goces de su triunfo. Acababa de engañar á un hombre superior, y no solamente le había arrancado la máscara, sino que le había hecho descubrir sus intenciones; y se reía como un autor en su pieza, es decir, con el sentimiento del valor inmenso de aquella *vis cómica*.

—¡Los hombres son unas peonzas, y la cuestión estriba en saber encontrar el cordel para hacerles bailar!—exclamó.—No me extrañaría nada que viniesen á decirme: «¡La señorita Modesta acaba de caerse del caballo y se ha roto una pierna!»

Algunos instantes después, Modesta, vestida con una deliciosa amazona de casimir verde botella, cubierta con un sombrerito con bastilla verde, provista de guantes de piel de gamo, con botinas de terciopelo sobre las cuales caía con gracia la guarnición de encaje de sus calzones; y montada en una jaca ricamente enjaezada, mostraba á su padre y al duque el bonito regalo que acababa de recibir, el cual la satisfacía en extremo, porque comprendía que era resultado de una de esas atenciones que más halagan á las mujeres.

—¿Es acaso de usted, señor duque?—dijo Modesta tendiéndole el brillante puño del latiguillo.

—Han puesto debajo de él una tarjeta en la que se leía: «¡Adivina si puedes!» y después puntos suspensivos. Francisca y la señora Dumay aseguran que esta sorpresa es debida á Butscha; pero entiendo que mi querido jorobado no es bastante rico para pagar tan



ricos rubíes. Mi padre, á quien había dicho el domingo por la noche que no tenía látigo, envió á buscar aquel á Rouen.

Y Modesta señalaba en la mano de su padre un látigo cuyo puño estaba formado por un semillero de turquesas, invención que estaba á la sazón de moda y que cayó después en desuso.

—Señorita, daría diez años de vida por gozar del derecho de ofrecerle á usted esa magnífica alhaja—respondió cortesmente el duque.

—¡Ah! ¡aquí tenemos al audaz, entonces!—exclamó Modesta viendo llegar á Canalis á caballo.—Sólo un poeta puede saber encontrar objetos tan preciosos... Caballero—dijo á Melchor,—mi padre le reñirá á usted porque da razón á los que le reprochan su liberalidad.

—¡Ah!—exclamó cándidamente Canalis,—ahora comprendo el motivo del rápido viaje de La Briere á París.

—¡Cómo! ¿se ha tomado tal libertad el secretario de usted?—dijo Modesta palideciendo y entregando el látigo á Francisca Cochet con una vivacidad en la que debía leerse un profundo desprecio.—Deme usted ese otro látigo, padre mío.

—¡Pobre muchacho que yace en este momento en la cama, molido por el cansancio!—repuso Melchor siguiendo á la joven que había puesto su caballo al galope.—Se muestra usted demasiado dura, señorita, pues el pobre Ernesto acaba de decirme: «Este es el único recurso que me queda para hacer que se acuerde de mí...»

—Y ¿estimaría usted á una mujer capaz de conservar recuerdos de varios hombres?—dijo Modesta.

Sorprendida la joven de no recibir una respuesta de Canalis, atribuyó esta falta de atención al ruido de los caballos.

—¡Cómo se complace usted en atormentar á los que la aman!—dijo el duque.—Esa nobleza, esa altivez, desmenten de tal modo sus errores, que empiezo á

sospechar que pretende usted parecer mala, premeditando las maldades.

—¡Ah! señor duque! usted no hace más que prevenirse—dijo la joven riendo.—Veo que tiene usted precisamente la perspicacia de un marido.

Anduvieron casi un kilómetro en silencio y Modesta se asombró de no ser objeto de las miradas de Canalis, el cual parecía estar un tanto demasiado enamorado de las bellezas del paisaje para que su admiración fuese natural. La víspera, Modesta, mostrando al poeta un admirable efecto de una puesta de sol, le había dicho al observar que se había quedado alelado como un sordo:

—¡Cómo! ¿no lo ha visto usted?

—No he visto más que su mano—había respondido el poeta.

—¿Sabe montar á caballo el señor de La Briere?—preguntó Modesta á Canalis con objeto de contrariarle.

—No muy bien, pero sabe sostenerse—respondió el poeta que se había vuelto frío é indiferente como lo era Gobenheim antes de la vuelta del coronel.

En un camino transversal que el señor Miñón propuso á todos tomar para ir, atravesando un bonito valle, á una colina que dominaba el curso del Sena, Canalis dejó pasar á Modesta y al duque, acortando el paso de su caballo, con objeto de poder quedarse á la zaga con el coronel.

—Señor conde, usted es un leal militar, y mi franqueza será sin duda un motivo para captarme su estimación. Cuando las proposiciones de matrimonio, con todas sus discusiones salvajes ó demasiado civilizadas, si usted quiere, llegan á verse en boca de un tercero, ambas partes salen perdiendo. Los dos somos nobles, tan discretos uno como otro, y usted, lo mismo que yo, ha pasado ya la edad de los asombros, de modo que hablemos con claridad. Yo empiezo por darle el ejemplo. Tengo veintinueve años, carezco de for-



tuna territorial y soy ambicioso. Ya habrá usted observado que la señorita Miñón me agrada infinitamente. Ahora bien: á pesar de los defectos que su querida hija se complace en afectar...

—Y de los que tiene en realidad—dijo el coronel sonriéndose.

—Yo la haría gustoso mi mujer, y creo que podría hacerla feliz. La cuestión de la fortuna tiene una gran importancia para mi porvenir, que no está aún hoy determinado. Ya sé que el que se decide á casarse debe amar á su esposa incondicionalmente. Sin embargo, usted no es hombre capaz de casar á su querida Modesta sin dote, y, por otra parte, mi situación no me permitiría hacer un matrimonio de amor, ni tampoco tomar por esposa á una mujer que no aportase por lo menos una fortuna igual á la mía. Entre mi sueldo, mis sinecuras, la Academia y los libros poseo unos treinta mil francos al año, fortuna enorme para un soltero. Si entre mi mujer y yo alcanzamos treinta mil francos de renta, mi situación no habrá cambiado. ¿Da usted un millón de dote á la señorita Modesta?

—¡Ah! caballero, esa suma dista mucho de la que yo poseo—dijo jesuíticamente el coronel.

—Pues entonces, hagamos cuenta que no he dicho nada—replicó vivamente Canalis.—Señor conde, quedará usted satisfecho de mi conducta, y yo seré contado entre el número de los desgraciados por causa de esa encantadora joven. Deme usted su palabra de guardar silencio con todo el mundo, hasta con la señorita Modesta, pues podría ocurrir que mi posición cambiase de tal modo que me permitiese aún pedir-sela sin dote.

—¡Se lo juro!—dijo el coronel.—Caballero, ya sabe usted la exageración con que habla el público, y sobre todo en provincias, de las fortunas que se hacen y que se deshacen. Se aumenta lo mismo la desgracia que la felicidad y nunca somos tan desgraciados como se

dice. En el comercio, después de saldadas las cuentas, sólo se tienen seguros aquellos capitales que tiene uno en su poder. Espero con viva impaciencia noticias de mis agentes. La venta de las mercancías y de mi navío, el arreglo de mis cuentas en China y todos mis demás negocios están aún por terminar, y, por consiguiente, no conoceré mi fortuna hasta dentro de diez meses. Sin embargo, en París, he garantizado doscientos mil francos de dote en dinero al señor de La Briere. Deseo constituir un mayorazgo en tierras, y asegurar el porvenir de mis nietos, logrando para ellos la transmisión de mis armas y títulos.

Desde que el conde empezó á dar esta respuesta, Canalis no escuchó ya.

Como se encontrasen en un camino bastante ancho, los cuatro jinetes formaron fila y ganaron la meseta desde donde se divisa el rico valle del Sena, hacia Rouen, mientras que en el otro horizonte los ojos podían percibir aún el mar.

—Creo que Butscha tenía razón, Dios es un gran paisajista—dijo Canalis contemplando aquel paisaje, único que con justicia hace célebres las orillas del Sena.

—Sobre todo cuando se va de caza, mi querido barón—respondió el duque,—cuando la naturaleza está animada por una voz y por un tumulto en medio del silencio, es cuando los paisajes parecen verdaderamente sublimes con sus variados efectos.

—El sol es una paleta inagotable—dijo Modesta mirando al poeta con una especie de estupefacción.

Á una observación de Modesta acerca de lo abortivo que veía á Canalis, éste respondió que se entregaba á sus pensamientos, excusa esta de que echan mano con más frecuencia los autores que ningún otro.

—¿Hacemos bien acaso en transportar nuestra vida al seno del mundo, aumentándola con mil necesidades ficticias y con múltiples vanidades?—dijo Modesta al contemplar aquella apacible y rica campiña que



parecía aconsejar al hombre que se entregase á una filosófica tranquilidad de vida.

—Señorita, esta bucólica se ha escrito siempre en tablas de oro—dijo el poeta.

—Y sin duda se ha concebido en las buhardillas—replicó el coronel.

Después de haber dirigido á Canalis una mirada penetrante que éste no sostuvo, Modesta sintió que le zumbaban los oídos, lo vió todo sombrío ante ella, y exclamó con acento glacial:

—¡Ah! ¡hoy es miércoles!

—No es por halagar el capricho indudablemente pasajero de esta señorita—dijo solemnemente el duque de Herouville,—pero declaro que estoy tan cansadísimo del mundo, de la corte y de París, que con una duquesa de Herouville dotada de las gracias y del talento de la señorita Miñón, me comprometería á vivir pacíficamente en mi palacio, obrando el bien en torno mío, entregado á mis trabajos, educando á mis hijos...

—Eso, señor duque, se le tendrá á usted en cuenta—respondió Modesta dirigiendo una prolongada mirada á aquel noble hidalgo.—Me halaga usted, no me cree frívola, me atribuye bastantes gracias para poder soportar la soledad de mi compañía, y ese será acaso mi destino—añadió mirando á Canalis con piadosa expresión.

—Como lo es el de todas las fortunas medianas—respondió el poeta.—París exige un lujo babilónico, y hay momentos en que me pregunto cómo he podido sobrellevarlo hasta ahora.

—El rey puede responder por nosotros dos—dijo el duque con candor,—pues ambos vivimos de las bondades de Su Majestad. Si desde la caída del Señor Grande, como llamaban á Cinq-Mars, no hubiésemos disfrutado siempre de un sueldo, nos hubiera sido preciso vender Herouville á la Banda negra. ¡Ah! créame usted, señorita, gran humillación es para mí

el tener que mezclar cuestiones financieras con mi matrimonio...

La sencillez de esta respuesta, salida del corazón, conmovió á Modesta.

—Señor duque—dijo el poeta,—hoy no hay nadie en Francia que sea bastante rico para casarse con una mujer por sus dotes personales, por sus gracias, por su carácter y por su belleza...

El coronel miró á Canalis de una manera singular, después de haber examinado á Modesta, cuyo rostro no denotaba el menor asombro.

—Entiendo que las gentes de honor emplean magníficamente sus riquezas cuando las destinan á reparar las brechas que el tiempo ha abierto en las antiguas casas históricas.

—Indudablemente, papá—respondió gravemente la joven.

El coronel invitó al duque y á Canalis á comer á su casa sin ceremonia, con los mismos trajes de montar á caballo, y empezó dándoles el ejemplo no yendo á mudarse. Cuando, vuelta ya á casa, entró Modesta en su cuarto para cambiarse de traje, miró curiosamente la alhaja traída de París y que tan cruelmente había desdeñado.

—¡Qué trabajos hacen hoy!—dijo á Francisca Cochet, que se había constituido en camarera suya.

—Señorita, ¡y ese pobre muchacho que está con fiebre!

—¿Quién te lo ha dicho?

—El señor Butscha, al mismo tiempo que me rogó que le hiciese á usted observar que sin duda se habrá dado usted cuenta de que cumplió la palabra que le había prometido para hoy.

Modesta bajó al salón con un vestido de una sencillez regia, y tomando al coronel por el brazo, le dijo en voz alta:

—Papá querido, le ruego que vaya á preguntar por el estado del señor de La Briere, y al mismo tiempo



que le devuelvan su regalo. Puede usted decirle que mi escasa fortuna y mis modestas ambiciones me prohíben llevar bagatelas que sólo son propias de reinas y de cortesanas. Por otra parte, no puedo aceptar nada que no provenga de un prometido. Ruegue usted, pues, á ese buen joven, que guarde el látigo hasta saber si es usted bastante rico para poder comprárselo.

—¡Cómo! ¿ha sentido ya el juicio mi locuela?—dijo el coronel besando á Modesta en la frente.

Canalis se aprovechó de una conversación entablada entre el duque de Herouville y la señora Miñón para ir á la terraza, donde Modesta fué á unírsele llevada de su curiosidad, y no del deseo de ser la señora de Canalis, como pensó el poeta. Asustado de la desvergüenza con que acababa de efectuar lo que los militares llaman un cuarto de conversión, el cual, según la jurisprudencia de los ambiciosos, hubiera sido hecho por cualquier hombre que se hubiese encontrado en la misma posición, Canalis empezó á buscar excusas plausibles, al ver que se le acercaba la infortunada Modesta.

—Querida Modesta—le dijo afectando un tono meloso,—en la situación en que nos hallamos, temo acaso desagradarle diciéndole que las respuestas que acaba usted de hacer relativas al señor de Herouville, son mortificantes para un hombre que ama, pero sobre todo para un poeta, cuya alma es sensible y nerviosa como la de una mujer. Mal diplomático sería, en verdad, si no hubiera adivinado que sus primeras coqueterías, sus inconsecuencias calculadas, han tenido por objeto único estudiar nuestros caracteres...

Modesta, con un movimiento inteligente, rápido y coquetón, cuyo tipo existe acaso únicamente en los animales, en los que el instinto produce milagros de gracia, levantó la cabeza:

—... Así que, después de meditarlo bien, le participo que no he sido engañado. Me maravillaba su as-

tucia, en armonía con su carácter y con su fisonomía. Sepa usted, sin embargo, que siempre he supuesto que tanta doblez ficticia había de ser la envoltura de un candor adorable. Sí, su talento, su gracia y su instrucción no han perjudicado en lo más mínimo á esa preciosa inocencia que exigimos á una esposa. Es usted, indudablemente, la mujer de un poeta, de un diplomático, de un pensador, de un hombre destinado á conocer azarosas situaciones en la vida, y la admiro á usted tanto como la quiero. Si ayer no desempeñó usted una comedia conmigo cuando aceptó el cariño de un hombre cuya vanidad va á cambiarse en orgullo al verse escogido por usted, y cuyos defectos se convertirán en cualidades mediante el contacto divino con usted, le suplico que no hiera en él un sentimiento que ha llegado á degenerar casi en vicio: los celos. Para mi alma, los celos son un disolvente, cuyo poder, que es espantoso y que lo destruye todo, me ha revelado usted. ¡Ah! ¡no se trata de unos celos á lo Otelo!—repuso al ver un gesto que hizo Modesta,—¡ca! se trata de mí mismo, que estoy muy mimado en ese punto. Ya conoce usted el afecto único al cual soy deudor de la única dicha que he gozado, ¡que ha sido bien incompleta, por otra parte! (y meneó la cabeza). Todos los pueblos han representado el amor por medio de un niño, por la razón de que no se concibe á sí mismo... Pues bien, este sentimiento tenía su término indicado en la naturaleza. Estaba muerto al nacer. La naturaleza más ingeniosa ha adivinado, ha calmado este punto doloroso de mi corazón, pues una mujer que siente, que se ve morir para los goces del amor, tiene recursos angelicales, y por eso la duquesa no me ha dado ningún disgusto de este género. En diez años, ni una palabra, ni una mirada dejaron de ser para mí. Yo atribuyo á las palabras, á los pensamientos y á las miradas más valor del que les atribuyen las gentes ordinarias. Sí, para mí, una mirada es un tesoro inmenso, la menor duda es un veneno mortal



que obra instantáneamente, haciendo desaparecer mi amor. En mi concepto, que es contrario al de la multitud de seres que gustan de temblar, esperar y dudar, el amor debe residir en una seguridad completa, infantil, infinita... Para mí, el delicioso purgatorio que las mujeres se complacen en crearnos aquí con su coquetería, es una dicha atroz á la que renuncio; para mí, el amor es ó el cielo ó el infierno. Al infierno, renuncio; pero en cambio me siento con fuerzas para soportar el eterno azul del paraíso. Me entrego sin reserva, no tendré secreto, duda, ni engaño en el porvenir, y exijo la reciprocidad. Sin duda la ofendo con esta sospecha; pero no olvide usted que en todo esto sólo hablo de mí.

—Sí, veo que habla mucho de usted; pero nunca será demasiado, porque yo estoy acostumbrada á admirarle, mi querido poeta—dijo Modesta herida por la mordacidad del discurso en el que la duquesa de Chaulieu servía de maza.

—Pues bien, ¿me promete usted esa fidelidad canina que yo le ofrezco? ¿no es esto hermoso? ¿no es esto lo que usted desea...?

—Querido poeta, ¿por qué no busca usted para mujer á una muda que fuese un poco ciega y un tanto idiota? Yo no deseo otra cosa que agradar á mi marido; pero usted amenaza á una joven con arrebatarse la dicha particular que usted le proporcionaría, y de arrebatársela al menor gesto, á la menor palabra, á la menor mirada. Corta usted las alas al pájaro, y quiere que revolotee. Ya sabrá que se acusa á los poetas de inconstantes... ¡Oh! pero es fama infundada—repuso Modesta al ver el gesto de negación que hizo Canalis. —pues ese pretendido defecto proviene de que el público no se da cuenta de la vivacidad de los impulsos de su alma. Pero yo no hubiese creído nunca que un hombre de ingenio inventase las condiciones contradictorias que usted acaba de proponerme, y que á esto llamase vida. Usted pide cosas imposibles para tener

el gusto de cogermé en un renuncio, como esos encantadores que, en los cuentos de hadas, imponen labores á jóvenes perseguidas que, á su vez, son auxiliadas por hadas buenas.

—Aquí el hada sería el amor verdadero—dijo Canalis con tono seco al ver que su estrategia había sido adivinada por aquel espíritu fino y delicado que Butscha dirigía tan bien.

—Querido poeta, en este momento se parece usted á esos padres que se preocupan por la dote de su futura nuera, antes de mostrar la de su propio hijo. Se hace usted el interesante conmigo, sin saber antes si tiene derecho á ello. El amor no se establece con convenciones secamente discutidas. El pobre duque de Herouville se entrega con un abandono parecido al del tío Tobías en Sterne, pero hay la diferencia de que yo no soy la viuda Wadman, aunque sí soy viuda de muchas ilusiones referentes á la poesía. Sí, nosotras jóvenes no queremos creer nada de lo que destruye nuestro mundo fantástico. ¡Ya me lo habían advertido todo de antemano! ¡Ah! está usted representando una comedia indigna de usted, en la que no reconozco ya al Melchor de ayer.

—Porque Melchor ha visto en usted una ambición con la que cuenta usted aún...

Modesta miró de pies á cabeza á Canalis dirigiéndole una mirada imperial.

—... Pero yo también seré algún día par de Francia y embajador como él.

—Me toma usted por una plebeya—dijo subiendo la escalinata exterior para ir al salón.

Pero iba tan sofocada que, abandonando de pronto su actitud, que no juzgó oportuna, se volvió vivamente y añadió:

—Ese cambio de conducta tiene su explicación en las necesidades que corren por el Havre, necesidades que acabo de saber por Francisca, mi camarera.

—¡Oh! Modesta ¿puede usted creer en cosa seme-



jante?—dijo Canalis tomando una actitud dramática.—¿Me supone capaz de casarme con usted únicamente por su fortuna?

—Si le hago esta injuria, después de sus edificantes discursos á orillas del Sena, en su mano está el desengañarme, y entonces seré todo lo que usted quiera que sea—dijo la joven anonadándole con su desprecio.

—Pequeña—se dijo el poeta siguiéndola,—me crees más pipiolo de lo que soy si piensas que vas á cogermme de ese modo. Pero ¿qué necesidad tengo de guardar tantas consideraciones con una lagarta cuyo aprecio me importa tanto como el del rey de Borneo? Y después de todo, el mero hecho de atribuirme ese innooble sentimiento me da razón para fingirme enfadado. ¡Vaya una astucia la suya! La Briere, como tonto que es, cargará con la albarda; y, dentro de cinco años, espero reirme de él en compañía de ella.

La frialdad que este altercado hizo nacer entre Canalis y Modesta fué visible aquella misma noche para todos los ojos. Canalis se retiró temprano pretextando la indisposición de La Briere, y dejó el campo libre al caballero mayor. Á eso de las once, Butscha, que fué á buscar á su patrona, dijo á Modesta en voz baja y con la sonrisa en los labios:

—¿Tenía razón ó no?

—¡Ay de mí sí—dijo ella.

—Pero, cumpliendo lo convenido, ¿ha dejado usted la puerta entreabierta para que pueda volver?

—No, la cólera me ha dominado—dijo Modesta.—Tanta cobardía me ha hecho subir la sangre á la cabeza y no he podido callar.

—Pues bien, ¡mejor! Cuando estén ustedes enfadados de tal modo que ni siquiera se dirijan la palabra, me encargo de hacer que se finja enamorado de manera que hasta usted misma creará en su amor.

—Vamos, Butscha, no olvides que es un gran poeta, un noble y un hombre de talento.

—Los ocho millones de su padre de usted son más que todo eso.

—¿Ocho millones?...—dijo Modesta.

—Mi principal, que vende su estudio, va á partir para Provenza á fin de dirigir las adquisiciones que propone Castagnould, el piloto de su padre de usted. La cifra de los contratos que hay que hacer para reconstituir las tierras de La Bastie asciende á cuatro millones, y el coronel ha dado orden de que se llevasen á cabo las compras... Usted posee dos millones de dote, uno de los cuales será invertido en el establecimiento de usted en París, en un palacio y el mobiliario correspondiente. Calcule usted.

—¡Ah! puedo ser duquesa de Herouville—exclamó Modesta mirando á Butscha.

—Á no haber sido por ese comediante de Canalis, hubiera usted aceptado su látigo creyendo que provenía de mí—dijo el pasante defendiendo así la causa de La Briere.

—Señor Butscha ¿pretende usted casarme á su gusto?—preguntó Modesta riéndose.

—Ese buen muchacho ama como yo; usted le quiso por espacio de ocho días, y créame que es hombre de gran corazón—respondió el pasante.

—Y ¿puede luchar con un cargo de la corona? no hay más que seis: gran limosnero, canceller, gran chambelán, mayordomo, condestable y gran almirante; pero condestables no se nombran ya actualmente.

—Señorita, en seis meses, el pueblo, que se compone de una infinidad de Butschas malvados, puede derribar todas esas grandezas. Y, por otra parte, ¿qué significa hoy la nobleza? Los Herouville descienden de un conserje de Roberto de Normandía. ¡Tendrá usted muchos sinsabores con esas dos viejas solteronas de rostro laminado! Si quiere ser duquesa, es usted del Condado, el Papa tendrá tantos miramientos con usted como con los comerciantes, y le venderá algún



ducado terminado en *nia* ó en *agno*. ¡No arriesgue usted, pues, su dicha por un cargo de la corona!

Las reflexiones de Canalis durante la noche fueron completamente positivas. No vió nada peor en el mundo que la situación de un hombre casado sin fortuna. Temblando todavía del peligro que le había hecho correr su vanidad, puesta en juego cerca de Modesta, el deseo de quitársela al duque de Herouville y su creencia en los millones del señor Miñón, se preguntó lo que la duquesa de Chaulieu debía pensar de su permanencia en el Havre, agravada por un silencio epistolar de catorce días, cuando en París se escribían mutuamente cinco ó seis cartas á la semana, y exclamó:

— ¡Y la pobre mujer que trabaja para obtenerme el cordón de comendador de la Legión y la dignidad de ministro al lado del gran duque de Bade!...

Al instante, con esa rapidez de decisión que, tanto en los poetas como en los especuladores, resulta de una viva intuición del porvenir, se puso á la mesa y escribió la siguiente carta:

Á LA SEÑORA DUQUESA DE CHAULIEU

«Mi querida Eleonora: Sin duda estarás asombrada de no haber recibido aún noticias mías; pero mi permanencia aquí no es debida solamente á mi salud, sino que también se trataba de empazarme en cierto modo con nuestro pequeño La Briere. Este pobre muchacho se ha enamorado pérdidamente de una cierta señorita Modesta de La Bastie, una jovencita pálida, insignificante y melindrosa, que, por añadidura, tiene el vicio de amar la literatura y se dice poeta para justificar los caprichos, los arranques y las variaciones de un carácter bastante malo. Ya conoces á Ernesto; y, como es fácil de *pesca*r, no he querido dejarlo ir solo. La señorita de La Bastie ha coqueteado de un modo singular con tu Melchor; estaba muy dispuesta á ser

tu rival, aunque tiene los brazos delgados, pocas espaldas como todas las jóvenes, una cabellera más insípida que la de la señora de Rochefide y unos ojillos grises muy apagados. He dado el alto, sin duda demasiado brutalmente, á las graciosidades de esa Inmodesta; pero el amor único es así. ¿Qué me importan las mujeres de la tierra, las cuales, todas juntas, no valen lo que tú?

«Las personas con quienes paso aquí el tiempo, y que forman la camarilla de la heredera, son unos burgueses insoportables. Compadéceme: paso las noches con pasantes de notario, notarios, cajeros y un usurero de provincias; y, ciertamente, hay mucha diferencia entre esas veladas y las de la calle de Grenelle. La pretendida fortuna del padre, que acaba de llegar de la China, nos ha valido la presencia del sempiterno pretendiente, el caballero mayor, tanto más ansioso de millones por cuanto que, según dicen, le hacen falta seis ó siete para dar valor á los famosos pantanos de Herouville. El rey no sabe lo fatal que es el regalo que ha hecho el duquecito. Su Gracia, que no duda ya de la poca fortuna de su deseado suegro, no está celoso más que de mí. La Briere se abre paso cerca de su ídolo, á cubierto de su amigo que le sirve de pantalla. Á pesar de los éxtasis de Ernesto, yo, el poeta, pienso en lo sólido; y los informes que acabo de tomar sobre la fortuna ennegrecen el porvenir de nuestro secretario, cuya futura esposa tiene unos dientes de un filo inquietante para toda especie de fortuna. Si mi querido ángel quiere compensar algunos de nuestros pecados, tratará de saber la verdad de este asunto llamando é interrogando, con la habilidad que le caracteriza, á su banquero Mongenod. El señor Carlos Miñón, antiguo coronel de caballería de la guardia imperial, ha sido durante siete años el corresponsal de la casa Mongenod. Hablan de doscientos mil francos de dote á lo más, y desearía, antes de pedir la mano de la joven para Ernesto, tener datos positivos.